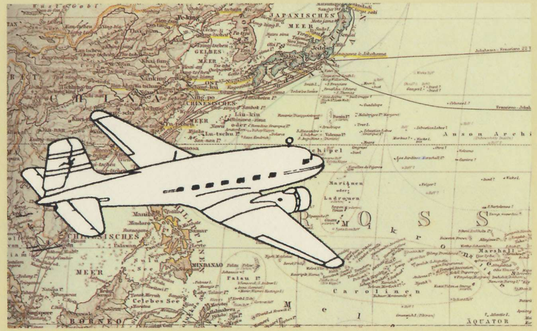
Si un joven reportero, su perro y un capitán...

Fernando Vicente

Esta exposición fue concebida como un modesto homenaje a Hergé, el dibujante e historietista belga, de nombre Georges Prosper Remi (1907-1983), y padre de Tintín, al cumplirse el centenario de su nacimiento. Originalmente se configuró como una colección de paneles con información detallada sobre el autor, su influencia en el mundo del cómic o historieta, pero, sobre todo, sobre Tintín, su personaje principal convertido en auténtico icono de la cultura popular.

Diseñados y realizados por el comisario de la muestra, Francisco Cerrejón, estos paneles –que siguen siendo parte fundamental de la exposición– describen la trayectoria editorial del intrépido reportero y sus amigos. Pero a este núcleo principal se sumó, en un primer momento, un texto del escritor José María Conget y, posteriormente, varias obras originales de algunos artistas que quisieron sumarse al proyecto con la realización, en diversos soportes y técnicas, de unos trabajos –creados ex profeso para la ocasión– inspirados en algunos aspectos de las aventuras de Tintín. Así pues, artistas como Fernando Vicente, Curro González, Manuel Ortiz, Manuel Cuervo, Fernando Bellver o Ricardo Cadenas, rinden su particular homenaje al autor y a su personaje y enriquecen el proyecto original con la aportación de sus obras.

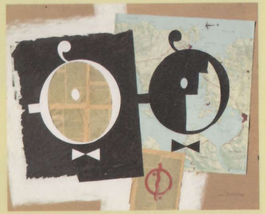


CULTURA E IDENTIDAD
DIPUTACIÓN DE SEVILLA
PROGRAMA DE FOMENTO Y COOPERACIÓN CULTURAL CON LOS MUNICIPIOS

Diseño: Diagrama Impresión: Pinelo Talleres Gráficos D.L.: SE-3.856-2009

Si un joven reportero, su perro y un capitán...

LA AVENTURA DE LA «LÍNEA CLARA» (1930-2007)



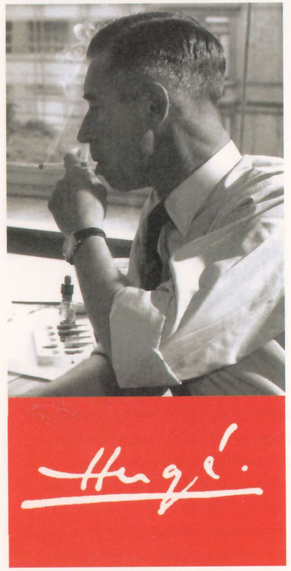
Manuel Ortiz

Curro González

Manolo Cuervo

Leyendo a Tintín

JOSÉ MARÍA CONGET



Jean-Pierre Perpoil es fotógrafo, crítico de jazz, abogado y lector de Tintín en activo. Cada verano regresa a la casa donde fue niño hace muchos años y donde una estantería de su dormitorio de bachiller conserva los muy sobados 22 volúmenes de *Tintin* en Ediciones Casterman; y cada verano relee media docena de esos álbumes, escogidos al azar, y experimenta siempre un placer cuyo elemento más destacado es, precisamente, que no se agota. ¿Recuperación de la infancia perdida, nostalgia de la inocencia? Tal vez, aunque Perpoil asegura que las estrategias narrativas de Hergé –su eficacia como contador de cuentos en viñetas– mantienen su vigor después de los muchos desencantos y miserias que la vida nos ha ido infligiendo. Seguramente ése es el motivo por el que pintores, cineastas, novelistas o alguien tan alejado del universo del cómic como el gran etnólogo Claude Lévi-Strauss, que expresó en diversas ocasiones

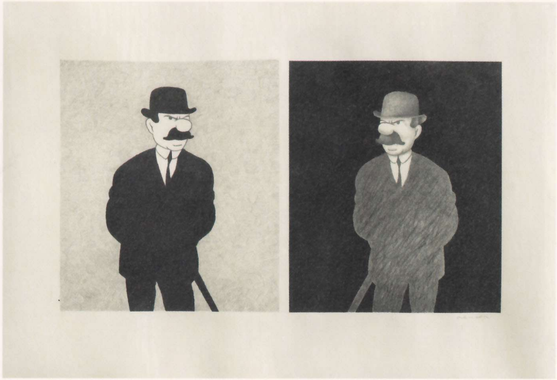
María Luisa Sanz

su admiración por *Tintín*, han seguido disfrutando de adultos las historietas que adoraron en la niñez.
Pocos saben que el estreno español de *Tintín* tuvo lugar en 1957 en las páginas de la revista juvenil *Tres amigos*, de vagas conexiones jesuíticas, que fue pionera en la importación de historietas belgas. El episodio elegido fue el undécimo, *El secreto del Unicornio*, publicado originalmente trece años antes, en plena guerra mundial, cuando la serie se encontraba ya plenamente establecida (había nacido en 1929, en *Le petit Vingtième*, suplemento infantil del diario católico conservador *Le Vingtième siècle*).

Yo tenía nueve años y cursaba ingreso de bachillerato; leía novelas de Tarzán, de Guillermo, de Salgari y Karl May, y devoraba toda clase de tebeos. *Tintín* me dejó estupefacto. No se parecía a nada de lo que yo había visto en materia de historieta. Para empezar, y dejando a un lado la meticulosidad del dibujo que contrastaba con la rapidez chapucera de nuestros tebeos, sorprendía la indefinición de género, tan estrictamente delimitados en los ejemplos nacionales: ¿era de aventuras o de risa? Sin duda había una intriga inquietante en torno al barco en miniatura que Tintín adquiere en un rastro; por otro lado, los policías Hernández y Fernández proporcionaban carcajadas sin necesidad de recurrir al gag de última viñeta, al que nos había acostumbrado el humor patrio, y el carácter del capitán Haddock, al que conocemos en una vívida rememoración de las hazañas de un antepasado, participaba de lo cómico pero la riqueza de su lenguaje (especialmente para los insultos: 122 diferentes contabilizó el crítico Numa Sadoul) y las contradicciones de su personalidad lo ubicaban en un plano de complejidad inalcanzable para los unidimensionales anti-héroes del tebeo español de raíz costumbrista y sainetera –y con méritos propios que no les estoy regateando. *Tres amigos* ofreció luego *El tesoro de Rackham el Rojo*, donde se presenta el inefable profesor Tornasol (el profesor Mariposa, en aquella primera traducción de la revista) y, saltándose unas cuantas aventuras, se pasaron a las entregas de *El caso Tornasol* y *Las joyas de la Castafiore*, mientras el *Blanco y Negro* de nuestros padres lanzaba, sin colores, la serialización de *Objetivo: la Luna*. Los lectores ya habíamos aprendido a degustar otras de las peculiaridades que destacaban en la obra de Hergé: la existencia de un elenco fijo de actores principales y secundarios, un referente geográfico permanente –la mansión de Moulinsart– y, cómo decirlo, una memoria histórica interior, de manera que ningún título estaba totalmente desconectado de los otros y el conjunto constituía un

Keko

Fernando Vicente



Fernando Bellver

pequeño cosmos autosuficiente en el que la peripecia argumental no era más gratificante que la sensación de movernos entre personajes y atmósferas familiares.

Con excelente visión comercial la editorial Juventud había comprado en 1959 los derechos del personaje que empezó a publicar en álbumes de tapa dura y precio inasequible para la mayoría de los niños españoles que recordamos todavía aquellas ediciones con envidia, ansiedad y frustración. De hecho, yo esperé a tener una hija y enseñarle a leer para ir regalándole (regalándome) todos los volúmenes de *Tintín*, o sea que cuando conseguí enfrentarme al corpus completo del personaje, ya me había alejado algunas décadas de la infancia, era escritor y profesor de literatura, y había leído a Joyce, Proust, Musil, Faulkner y Kafka, lo que no me impidió encandilarme con *Las siete bolas de cristal* o *El loto azul*. Para entonces, y por emplear la fórmula genial de Hernández (o Fernández), era mi opinión, y yo la compartía, de que *Tintín* era una obra maestra. Han pasado los años y yo aún diría más: es una obra maestra.

Ricardo Cadenas